

COOPERACIÓN E INTEGRACIÓN CIENTÍFICA EN AMÉRICA LATINA: ¿UN SUEÑO?

En 1986, en el momento de fundación de la Unión Europea, sus integrantes se comprometieron a fortalecer no solo la cooperación política y económica, sino también a extenderla de manera sostenida a los ámbitos de la investigación, la tecnología y el medio ambiente. Si bien América Latina se encuentra lejos de conformar una entidad similar a la europea, la región ha sido escenario de múltiples iniciativas de cooperación e integración, en las cuales se han incorporado la ciencia, la educación y la tecnología como componentes estratégicos.

La región cuenta con una amplia panoplia de dispositivos legales, entre ellos acuerdos, tratados multilaterales y convenios binacionales que incluyen estas áreas. Dichos dispositivos se remontan a 1946, cuando los países latinoamericanos se adhirieron a la UNESCO, que proporcionó un marco global para las iniciativas en ciencia, educación y cultura. En la década de 1970 se firmaron acuerdos subregionales, como el Convenio Andrés Bello (CAB) en 1970, celebrado entre los integrantes del entonces Pacto Andino (1969), hoy Comunidad Andina de Naciones (CAN, 1996). Posteriormente, el CAB incorporó a otros países, reconociendo la relevancia de la educación, la ciencia y la cultura como parte de las estrategias de desarrollo, aunque dominadas por una visión principalmente económica.

En 1990, el CAB se renovó para abarcar otros países del Caribe y ha orientado su acción prioritariamente hacia la educación, manteniéndose vigente hasta la actualidad. En 1991 se creó el Mercado Común del Sur (MERCOSUR), dentro del cual se organizó una entidad especializada en políticas científicas y tecnológicas, la Reunión Especializada de Ciencia y Tecnología (RECYT), responsable del Premio MERCOSUR y de la consolidación de estadísticas científicas regionales. Ya en el siglo XXI, la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR, 2008) contempló proyectos de transferencia y cooperación horizontal, formación de recursos humanos en salud, ingeniería y ciencias básicas, armonización de políticas y creación de infraestructuras científicas compartidas, los cuales no lograron ejecutarse debido a la crisis institucional del organismo.

Finalmente, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC, 2010) ha impulsado agendas y planes de cooperación científica y tecnológica enfocados en salud, biotecnología, energías, cambio climático y TIC, así como iniciativas de cooperación con China orientadas al financiamiento de pro-

yectos, otorgamiento de becas y transferencia tecnológica. No obstante, al igual que UNASUR, este espacio carece de estabilidad institucional, lo que limita su sostenibilidad en el tiempo.

Puede afirmarse que la región posee una vasta experiencia en la creación de instituciones orientadas a la cooperación e integración en ciencia, educación y tecnología, tal como se evidencia en la breve reseña expuesta. Sin embargo, dicha experiencia ha derivado en una multiplicidad de entes regionales con resultados desiguales y escasa continuidad estructural.

Una revisión de estos esfuerzos revela logros parciales: algunos organismos han logrado establecer estructuras de cooperación y convenios con entidades nacionales y extranjeras; todos han enfrentado severas limitaciones de financiamiento, al depender de aportes estatales; y otro factor perturbador han sido los cambios políticos, que condicionan la permanencia de los compromisos asumidos. La salida de países clave, como Brasil o Argentina, puede desarticular completamente iniciativas regionales en curso.

Por lo general, las estructuras de integración han sido organizadas desde perspectivas estatales, a cargo de técnicos y especialistas, con escasa o nula participación de otros actores sociales que podrían contribuir a sostener estos procesos en el largo plazo. En el ámbito científico, ello remite a las asociaciones y organizaciones de la ciencia en los países latinoamericanos, cuya participación ha sido históricamente subvalorada en los esquemas formales de integración. En este sentido, la Asociación Interciencia —que agrupa a sociedades científicas de la región— ha mantenido, a través de su revista *Interciencia*, un esfuerzo sostenido por crear y preservar un espacio propio para la ciencia latinoamericana, independiente y de alcance regional.

La experiencia acumulada confirma que la integración científica en América Latina requiere redes institucionales estables, participación activa de las comunidades científicas y compromisos de largo plazo.

Sirva esta breve exposición para vislumbrar los esfuerzos que serán necesarios a fin de que la región latinoamericana logre establecer una red institucional estable en el campo de la educación, la ciencia y la tecnología.

YAJAIRA FREITES
Presidente

Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia (AsoVAC)